

como un árbol cortado por el hacha del leñador.

Ninguno de los dos había hablado. No se oía más que el sordo ronquido del pecho de Gastón, y el murmullo uniforme y monótono del agua que junto á ellos se deslizaba mansamente.

## XXXII

## El perdón

— Levantaos, caballero, dijo el regente.

— ¡ No, monseñor ! exclamó Gastón golpeando la tierra con su frente ; ¡ oh ! no, ¡ debo morir á vuestros pies !

— ¡ Morir, Gastón ! ¡ bien veis que estáis perdonado !

— ¡ Por favor, castigadme ; pues mucho es preciso que me despreciéis para perdonarme !

— Pero ¿ no habéis adivinado ?..... repuso el duque.

— ¿ El qué ?...

— ¿ El motivo por el cual os perdono ?

Gastón permaneció un momento pensativo ; repasó toda su vida ; su triste y abandonada juventud, la muerte desesperada de su hermano, su amor á Elena, aquellos largos días separados de ella, aquellas noches tan cortas pasadas debajo de la ventana del convento, el viaje á París, la bondad excesiva del duque por la joven, en fin, aquella

inesperada clemencia ; mas en todo esto no veía ni adivinaba nada.

— Dad gracias á Elena, dijo el regente, viendo que el caballero buscaba inútilmente la razón de lo que le sucedía ; dad gracias á Elena, pues ella es quien os salva la vida.

— ¡ Elena ! monseñor... murmuró Gastón.

— Si ; yo no puedo castigar al prometido de mi hija.

— ¡ Monseñor, es Elena vuestra hija ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ y yo que he querido mataros !

— Si, recordad lo que habéis dicho hace poco : he sido el elegido ; se vuelve uno asesino, y á las veces más que asesino ; ya lo veis, hasta parricida, porque me considero casi vuestro padre, le dijo el duque tendiéndole la mano.

— ¡ Monseñor, compadeceos de mi !

— Gastón, poseéis un corazón muy noble.

— Y vos, monseñor, sois un gran príncipe ; por lo tanto, de ahora en adelante os pertenezco en cuerpo y alma ; daría toda mi sangre por una sola lágrima de Elena, por un deseo de vuestra alteza.

— Gracias, Gastón, dijo el duque sonriendo ; yo os pagaré esta adhesión llenándoos en cambio de felicidad.

— ¡ Vos hacerme feliz ! ¡ Ah ! monseñor, Dios se venga permitiendo que me concedáis tantos bienes en pago del mal que he querido haceros.

El regente se sentía colmado de alegría al con-

templar esta efusión de sincero gozo, cuando de pronto se abrió la puerta, dando paso á un individuo cubierto con un dominó verde. El enmascarado avanzó lentamente ; y como si Gastón hubiese adivinado que le traía la conclusión de su dicha, retrocedió ante él : en la expresión del semblante del joven, el duque comprendió que pasaba algo de nuevo, y volvió la cabeza.

— ¡ El capitán la Jonquiere ! exclamó Gastón.

— ¡ Dubois ! murmuró el duque, frunciendo las cejas.

— ¡ Monseñor, dijo Gastón, cubriendo con ambas manos su pálido rostro ; monseñor, estoy perdido ! ¡ No soy yo á quien es preciso salvar ; aquí olvidaba mi honor, y la salvación de mis amigos !

— ¡ De vuestros amigos, caballero ! repuso el duque con frialdad ; yo creía que vos no hacíais causa común con semejantes hombres.

— Monseñor, ha poco me decíais que yo poseía un noble corazón ; pues bien, creedme sobre mi palabra : Pontcalec, Montlouis, Talhouët y de Couëdic lo tienen tan noble como yo.

— ¡ Ellos, nobles corazones ! replicó el regente, con ademán de desprecio.

— Si, monseñor, repito lo que he dicho.

— ¡ Y sabéis lo que han querido hacer, pobre niño, que habéis sido su ciego mandatario, y el instrumento de que se han servido para llevar á

cabo sus proyectos? Pues bien; esos nobles corazones, como decís, han querido entregar su patria al extranjero, se han propuesto borrar la Francia del número de las naciones soberanas. Siendo nobles, debían dar ejemplo de valor y lealtad, y por el contrario sólo lo han dado de cobardía y traición. Vamos, ¿no respondéis? ¿bajáis los ojos? Si buscáis el puñal, á vuestros pies está; recogedle, aun es tiempo.

— Monseñor, dijo Gastón juntando las manos, renuncio á mis ideas de asesinato, renunció á ellas y las detesto, pidiéndoos perdón de rodillas por haberlas abrigado; pero si no salváis á mis amigos, os ruego que me permitáis morir en compañía de mis cómplices. Si quedo con vida, y ellos la pierden, mi honor muere con ellos; medítadlo, monseñor; es el honor del nombre que vuestra hija iba á llevar.

El regente bajó la cabeza y respondió:

— Es imposible, caballero; han hecho traición á la Francia, y morirán.

— Entonces moriré con ellos, replicó Gastón, porque yo también he sido traidor á la Francia del mismo modo, y además he querido asesinar á vuestra alteza.

El regente miró á Dubois; la rápida ojeada que ambos se dirigieron no se escapó á Gastón. Dubois se sonreía, y el joven comprendió que no sólo había tenido que ver con un fingido duque de

Olivares, sino también con un falso capitán la Jonquiere.

— No, dijo Dubois, volviéndose á Gastón, no moriréis por eso, caballero; comprenderéis que hay crímenes para los cuales el regente tiene el poder, pero no el derecho de perdonar.

— Pero, ¿no me perdonaba á mí! exclamó Gastón.

— Vos sois el esposo de Elena, repuso el duque.

— Os engañáis, monseñor, no lo soy, ni lo seré jamás; y como semejante sacrificio lleva en pos de sí la muerte del que lo hace, moriré, monseñor.

— ¡Bah! dijo Dubois, nadie se muere ya de amor; esto era bueno en tiempo del señor de Urfé y de la señorita de Scuderi.

— En efecto, caballero, quizás tengáis razón; pero también os digo que en todo tiempo se muere de una puñalada.

Al terminar Gastón estas palabras, se inclinó y recogió el cuchillo que se hallaba á sus pies, con una expresión que no dejaba duda acerca de la resolución que había concebido.

Dubois no se movió; el regente dió un paso hacia adelante.

— ¡Arrojad ese cuchillo! caballero, dijo el regente con altanería.

Gastón colocó la punta sobre su pecho.

— ¡Arrojadlo! os digo, repitió el regente.

— ¡ La vida de mis amigos, monseñor ! exclamó Gastón.

El regente se volvió á Dubois, que continuaba con su eterna é irónica sonrisa.

— Bien, dijo el regente, vivirán.

— ¡ Ah ! ¡ monseñor, exclamó Gastón, asiendo la mano del regente y procurando llevarla á sus labios ; monseñor, sois una imagen de Dios en la tierra.

— Monseñor, cometéis una falta irreparable, dijo Dubois con frialdad.

— ¡ Cómo ! exclamó Gastón admirado, este caballero es.....

— El abate Dubois, servidor vuestro, replicó el falso la Jonquiere saludando.

— ¡ Oh ! monseñor, dijo Gastón, no escuchéis más que la voz de vuestro corazón, yo os lo ruego.

— Monseñor, no firméis nada, replicó Dubois.

— ¡ Firmad, monseñor, firmad ! repitió Gastón ; vos habéis prometido perdonarles, y sé que vuestra palabra es sagrada.

— Firmaré, Dubois, dijo el duque.

— ¿ Lo ha decidido vuestra alteza ?

— He empeñado mi palabra.

— Está bien ; como vuestra alteza guste.

— En seguida, en seguida, ¿ no es verdad, monseñor ? repuso Gastón. No sé porqué estoy asustado á pesar mio, monseñor ; ¡ vuestro perdón ! ¡ vuestro perdón ! os lo suplico encarecidamente.

— ¡ Eh ! caballero, dijo Dubois, ya que su alteza

lo ha prometido, ¿ qué importan cinco minutos más ó menos ?

El regente miró á Dubois con inquietud.

— Si, tenéis razón, dijo, ahora mismo..... Abate, tu cartera, pronto, porque el joven está impaciente.

Dubois se inclinó en señal de asentimiento, se dirigió á la puerta de los naranjos, llamó á un lacayo, tomó su cartera, y presentó al regente una hoja de papel sobre el cual éste escribió una orden que por último firmó.

— Ahora se necesita un correo, dijo el duque.

— ¡ Un correo ! exclamó Gastón ; oh ! no, monseñor es inútil.

— ¿ Por qué ?

— Porque un correo no irá bastante aprisa ; yo mismo iré, si vuestra alteza me lo permite : cada instante que gane ahorrará mil angustias á los infelices.

Dubois frunció el ceño.

— Si, si, es verdad, dijo el regente, marchad en seguida ; y sobre todo que esta orden, añadió en voz baja, no contribuya á que os perdamos por mucho tiempo.

— Pero, monseñor, repuso Dubois, parece que tenéis más prisa que el caballero de Chanlay mismo ; ¿ no consideráis que si emprende su marcha de ese modo, existe en Paris una persona que va á creerle muerto ?

Estas palabras penetraron en el corazón del

joven y le trajeron á la memoria á su amada, á quien había dejado inquieta con el temor de un grande acontecimiento, que lo esperaba contando con impaciencia los minutos, y que no le perdonaría jamás el haber abandonado á París sin verla.

Así pues, tomada en un instante su resolución, besó la mano al regente, se apoderó de la orden salvadora, saludó á Dubois, y se disponía ya á salir cuando el duque le dijo:

— Caballero, os encargo que no digáis á Elena una sola palabra acerca del secreto que os he revelado: dejadme el placer de que se lo descubra yo mismo que soy su padre; es la única recompensa que exijo.

— Seréis obedecido, monseñor, respondió Gastón, conmovido hasta el punto de derramar lágrimas. Después de esto, saludó de nuevo y se lanzó fuera del invernadero.

— Por aquí, gritó Dubois; estáis tan fuera de vos, que podría creerse que veniais efectivamente de asesinar á alguno, y que iban á prenderos. Atravesad ese bosquecillo; al extremo de él encontraréis una avenida que os conducirá á la puerta de la calle.

— ¡ Oh! gracias; comprenderéis que todo retardo...

— Ciertamente, puede ser fatal: por lo mismo te indico el más largo, murmuró el abate.

Dubois le siguió algún tiempo con la vista, y

luego que hubo desaparecido, se volvió al duque diciendo:

— ¿ Que tenéis, monseñor? Me parece que estáis inquieto.

— Lo estoy, en efecto, respondió el duque.

— ¿ Y por qué?

— Porque has opuesto muy poca resistencia á esa buena acción, lo cual me tiene con cuidado.

Dubois se sonrió.

— ¡ Abate, exclamó el regente, tú estás tramando algo!

— No, monseñor; ya está tramado.

— Veamos qué diablura has inventado.

— Monseñor, como conocía á vuestra alteza...

— ¿ Y bien?

— Sabía lo que iba á suceder.

— ¿ Qué mas?

— Que si os instigaban y pedían, concederíais el perdón á todos esos bribones.

— Acaba.

— En su consecuencia, yo también por mi parte he despachado un correo.

— ¿ Tú?

— Sí, monseñor: ¿ no tengo acaso derecho para despachar correos?

— ¡ Desgraciadamente! Pero ¿ de qué orden era portador tu correo?

— De la de ejecución.

— ¿ Hace mucho que ha marchado?

Dubois sacó su reloj.

— Habrá cerca de dos horas.

— ¡Miserable!

— ¡Ah, monseñor! ¡vos siempre con palabras picantes! ¡Qué diablo! cada cual que cuide de sus negocios. Salvad si os place al caballero de Chanlay, que es vuestro yerno; y yo salvaré á vuestra alteza.

— Si, pero yo conozco mucho á Chanlay, y creo que llegará antes que tu correo.

— No, monseñor.

— Dos horas no son nada para un hombre de un corazón como el suyo, que devorará el espacio, y que las ganará bien pronto.

— Si mi correo no llevase más que dos horas de adelanto, replicó Dubois, el caballero de Chanlay tal vez las ganaría; mas ya llevará tres.

— ¿Por qué motivo?

— Porque el digno joven está enamorado, y pasando una horita en despedirse de la señorita vuestra hija, no deseo más.

— ¡Serpiente ruin y astuta!... Ahora comprendo el sentido de tus anteriores palabras.

— El joven se hallaba en un momento de entusiasmo; hubiera podido olvidar su amor. No ignoréis mi principio, monseñor; es necesario desconfiar de los primeros momentos, que son los buenos.

— ¡No deja de ser un principio bien infame!

— Monseñor, ó es uno diplomático ó no.

— Está bien, dijo el regente dirigiéndose hacia la puerta; voy á mandar que se lo prevengan.

— Monseñor, repuso Dubois deteniendo al duque con acento de extrema firmeza y sacando un papel de su cartera, si tratáis de efectuar semejante cosa, tened la bondad de aceptar ante todo mi dimisión, que presento. Divertámonos, monseñor, lo deseo mucho; pero Horacio ha dicho: *Est modus in rebus*. Horacio era un grande hombre, y además persona muy galante. Vamos, monseñor, hasta de política por esta noche. Entremos en el baile, pues que mañana ya estará todo perfectamente arreglado. La Francia se verá desembarazada de cuatro de sus más encarnizados enemigos, y vos poseeréis un yerno sumamente gentil, al cual, á fe de abate, quiero mucho más que al caballero de Riom.

Después de pronunciar estas palabras, penetraron ambos en el baile: Dubois alegre y triunfante, el duque triste y pensativo, pero al propio tiempo convencido de que su ministro tenía razón.

XXXIII.

Ultima entrevista.

Volvamos ahora al caballero de Chanlay, cuyo corazón rebosaba de alegría al salir del invernadero. El peso inmenso que le oprimía desde el principio de la conspiración, y que el amor de Elena aliviaba algunas veces con tanto trabajo, acababa de desaparecer como si un ángel hubiese quitado de encima de su pecho.

Además, á los sueños de venganza, sueños terribles y sangrientos, sucedieron los de amor y de gloria. Elena no era tan sólo una mujer de cualidades adorables y encantadoras, sino también una princesa de sangre real, una de esas divinidades por cuya ternura los hombres darían toda su sangre, si ellas como débiles mortales no se la ofreciesen sin el más pequeño interés.

Luego Gastón, sin querer, y como á su pesar, sentía que se despertaban en lo más recóndito de su corazón, el cual creía lleno únicamente de amor, los instintos adormecidos de la ambición. ¡Qué brillante fortuna la suya, y á su aparición,

qué envidia había de causar á los Lauzún y á los Richelieu! Allí no existía un Luis XIV imponiendo como á Lauzún el destierro ó el abandono de su amada; ni tampoco un padre irritado combatiendo la pretensión de un simple caballero; sino por el contrario, un amigo todopoderoso, ávido de ternura, orgulloso de tener una hija tan noble y pura; y además una santa emulación entre esta hija y el yerno para hacerse ambos más dignos de pertenecer á un príncipe tan grande, á un vencedor tan elemento.

Imposible le parecía á Gastón que su pecho pudiese contener tanta alegría: sus amigos perdonados, su porvenir asegurado, y Elena, en fin, hija del regente. Dió tal prisa al cochero, que en menos de un cuarto de hora, se encontró en la casa de la calle del Bac.

El joven vió abrirse la puerta de repente, oyendo un grito penetrante en el interior. Era Elena que apostada en la ventana del pabellón esperaba su vuelta; ella había reconocido el carruaje, y se lanzaba ansiosa y alegre al encuentro de su adorado.

— ¡Salvado! exclamó Gastón al verla; ¡salvado! ¡mis amigos, yo, todos!

— ¡Oh, Dios mío! dijo Elena palideciendo, ¡con que lo has muerto!

— ¡No, no, á Dios gracias! ¡Oh! ¡Elena! ¡qué corazón el del regente! ¡Amale mucho, Elena! ¿No es verdad que lo harás?

— Explicate, Gastón.

— Escucha, hablemos de nosotros. No puedo dedicarte más que unos cortos instantes; pero el duque te lo manifestará todo.

— Una sola pregunta, Gastón; ¿cuál es tu suerte?

— La más dichosa del mundo, Elena; ¡ser tu esposo, rico, honrado! Estoy loco de alegría.

— ¿Y al fin te quedas?

— No, Elena, marchó al momento.

— ¡Dios mío!

— Pero es para volver.

— ¡Estar separados todavía!

— Tres días lo más, tan sólo tres días. Parto para ir á que bendigan tu nombre, el mío, el de nuestro protector, el de nuestro amigo.

— ¿Pero á dónde vas?

— Á Nantes.

— ¿Á Nantes?

— Sí, esta orden encierra el perdón de Pontcalec, Montlouis, Talhouët y de Couëdic; han sido condenados á muerte, ¿comprendes? y me deberán la vida. ¡Oh! no me detengas, Elena, y medita en lo que estabas sufriendo cuando hace poco me esperabas.

— Y también en lo que voy á sufrir ahora.

— No, no, Elena mía, porque esta vez no se presenta ningún obstáculo, no existe ningún género de temor; esta vez puedes estar segura de que volveré pronto.

— ¡Gastón, no te veré ya más que por espacio de algunos minutos! ¡Ah! ¡amigo mío! ¡tengo tanta necesidad de ser dichosa!

— Tranquilízate, lo serás.

— ¡Tengo el corazón tan oprimido!

— ¡Oh! ¡cuando lo sepas todo!...

— Pues entonces dime, una vez que lo he de saber más tarde...

— Elena, la única cosa que falta á mi felicidad es postrarme á tus plantas y decírtelo todo... Pero he prometido... he hecho más, he jurado...

— ¡Siempre secretos!

— Este á lo menos embriaga de alegría!

— ¡Oh, Gastón!... ¡Gastón!... yo tiemblo.

— Mirame, Elena, mirame bien, y al ver mis ojos radiantes de felicidad, atrevete á decir que tiembles.

— ¿Por qué no me llevas en tu compañía, Gastón?

— ¡Elena!

— Yo te lo ruego, partamos juntos.

— Imposible.

— ¿Por qué?

— En primer lugar, porque en el término preciso de veinte horas debo estar en Nantes.

— Yo te seguiré, aunque me muera de fatiga.

— En segundo lugar, porque tu suerte ya no te pertenece. Tienes aquí un protector á quien has de respetar y obedecer.



— ¿ El duque ?

— Sí, el duque. ¡ Oh ! ¡ cuando sepas lo que ha hecho por mí !... ¡ por nosotros !...

— Dejémosle una carta, y nos perdonará.

— No, no, diría que somos dos ingratos, y tendría razón ; no Elena, mientras que yo voy á Bretaña, rápidamente como un ángel salvador, tú permanecerás aquí ; apresurarás los preparativos de nuestro himeneo ; y yo vendré volando, te llamaré mi esposa, y de hinojos á tus pies entonces te daré gracias á la vez de la dicha y del honor que me habrás dispensado.

— ¡ Gastón ! ¡ conque no hay remedio ! ¡ me abandonas ! exclamó la joven con acento desgarrador.

— ¡ Oh ! no es esto, Elena ! ¡ no es esto ! ¡ jamás podré yo abandonarte ! Al contrario, sonriete, Elena, y dime tendiéndome tu mano tan pura y fiel : « Marcha, marcha, Gastón ; es tu deber el hacerlo. »

— Sí, amigo mío, dijo Elena ; quizás debería decirte ; pero á la verdad no tengo valor para ello ; perdóname.

— ¡ Elena, qué mal haces viéndome á mi tan contento !

— ¿ Qué quieres, Gastón ? es más fuerte que mi voluntad ; tú me arrebatas la mitad de mi existencia ; piénsalo bien, amigo mío.

Gastón oyó dar las tres, y se estremeció.

— ¡ Adiós, dijo, adiós !

— ¡ Adiós ! murmuró Elena.

El joven cogió de nuevo su mano, la cual besó por última vez, y precipitándose fuera de la estancia, corrió hacia la gradería, debajo de la cual relinchaban los caballos arrecidos por la helada brisa de la madrugada.

Pero en el momento en que concluía de bajar, llegaron á herir sus oídos los tristes sollozos de Elena.

Volvió á subir rápidamente y voló hacia la joven, la cual se hallaba en la puerta de la estancia que él acababa de dejar. Gastón la estrechó entre sus brazos, y ella se suspendió á su cuello medio desfallecida.

— ¡ Ay de mí ! exclamó Elena, ¡ me abandonas pues, Gastón, me abandonas ! Escucha lo que voy á decirte : ¡ jamás nos volveremos á ver !

— ¡ Pobre amiga mía ! ¡ qué locura ! repuso el joven con el corazón oprimido á pesar suyo.

— Si, tienes razón, me vuelvo loca, pero es de desesperación, respondió Elena. Y sus lágrimas inundaron el rostro de Gastón.

De improviso, como si ella saliese de un combate interior, pegó sus labios á los de su amante estrechándole con violencia. Luego, rechazándole dulcemente, dijo :

— Vete, Gastón, vete ; ahora ya puedo morir.

El joven caballero respondió á aquel beso con apasionadas caricias. Pero en el mismo instante oyeron ambos las tres y media.

— Es indispensable ganar otra media hora más, dijo.

— ¡ Adiós, adiós, Gastón! marcha, es cierto; ya debías haberlo verificado.

— Adiós, pronto estaré de vuelta.

La joven entró silenciosamente en el pabellón, á la manera que una sombra entra en su sepulcro.

En cuanto á Gastón, se hizo conducir á la casa de postas, pidió el mejor caballo, lo mandó ensillar, púsose sobre él de un brinco, y salió de París, pasando aquella misma barrera por la cual había penetrado pocos días antes.

## XXXIV

## Nantes

La comisión nombrada por Dubois se había constituido en permanencia. Investida de poderes ilimitados, lo que en ciertos casos quiere decir fijados de antemano, ocupó la ciudadela, guardada por numerosas tropas, las cuales esperaban por momentos verse atacadas por los descontentos.

Después de la prisión de los cuatro caballeros, la ciudad de Nantes, en un principio aterrorizada, se había conmovido en su favor. La Bretaña entera aguardaba un levantamiento; mas con todo, en el interin no se verificaba.

Sin embargo, los debates se acercaban. La vispera de la vista del proceso, Pontcalec tuvo con sus amigos una conversación sumamente grave.

— Veamos, dijo Pontcalec; ¿ hemos cometido alguna imprudencia, ya sea de palabra, ya de hecho?

— No, respondieron los tres caballeros.

— ¿ Alguno de vosotros ha manifestado nuestros proyectos á su esposa, á su hermano, ó á un amigo?

¿ Habéis dicho algo, Montlouis?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1000. 1625 MONTERREY, MEXICO